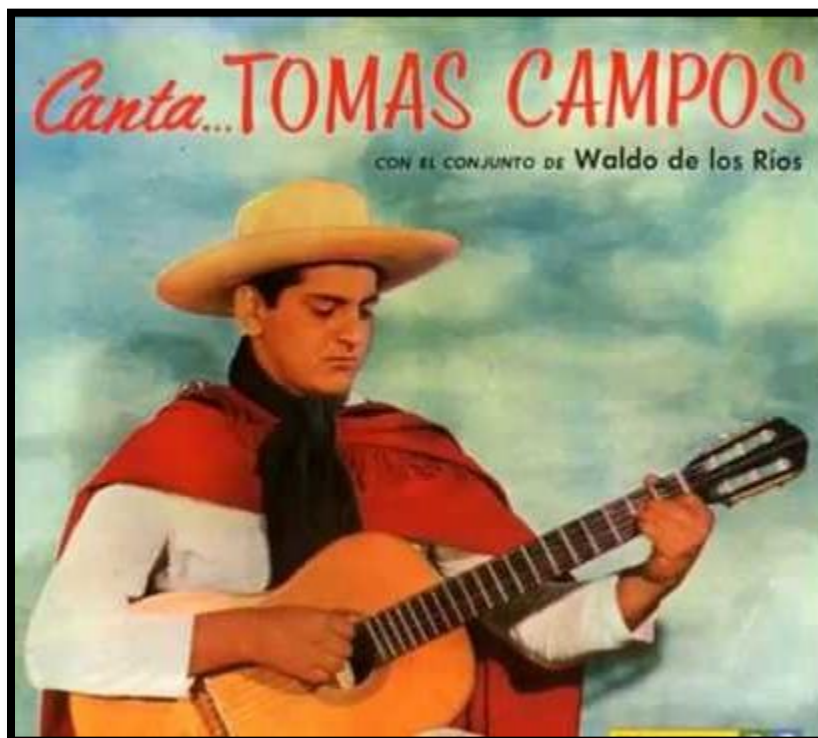


CUADERNILLO DE TEMAS FOLKLÓRICOS



REDACCIÓN

Daniel Antoniotti
José de Guardia de Ponté
Raúl Chuliver
Raúl Lavalle

Editor responsable: Raúl Lavalle
Dirección de correspondencia:
Paraguay 1327 3° G [1057] Buenos Aires, Argentina
tel. 4811-6998

raullavalle@fibertel.com.ar

n° 22 – 2019

Publicación auspiciada por la Academia del Folklore de Salta

ÍNDICE

Presentación	p. 3
<i>“Campo”, poema de Ernesto Marrone</i>	p. 4
Raúl Lavalle. <i>Carlos Villasuso, Molina Campos y la leyenda de la guitarra</i>	p. 5
<i>El soneto “El gaucho” de Enrique Larreta</i>	p. 11
<i>“El poncho”, décimas de Miguel Etchebarne</i>	p. 12
<i>El tercer canto del Martín Fierro... en latín</i>	p. 14
Libros y otras cosas	p. 24

PRESENTACIÓN

Cuando vino a mi mente la idea de una publicación en Red sobre temas folklóricos, busqué apoyo en mi amigo Daniel Antoniotti, de la Academia Porteña del Lunfardo, pero también muy amante de la cultura nativa, además de gran bibliófilo y reconocido escritor. Y se corporizó entonces la idea, que esperamos dé lugar a estudios, poemas, cuentos, reseñas; en suma, *varia*. Escribirán quizás escritores consagrados y también personas no muy conocidas, incluso alumnos. Pero todos tendrán en común el amor por la tierra.

Ruego a los lectores no me pidan que defina *folklore*, tarea superior a mis fuerzas. En todo caso los temas de nuestro *Cuadernillo* irán desde la rigurosa investigación científica y de campo hasta el folklore de los artistas. El ámbito será argentino, aunque alguna vez se extenderá a otras tierras hispanoamericanas y a otras modalidades (por ejemplo el tango). Cada colaborador usará sus propias normas en cuanto al modo de citar y de dar, en fin, formalidad a su aporte.

Los invito entonces, queridos amigos, a leer este pequeño esfuerzo de un simple “aficionado”, de alguien que tiene afecto. Agradezco especialísimamente a la Dra. Olga Fernández Latour de Botas, de la Academia Argentina de Letras, por haberme alentado en este paso, que doy no sin temores.

R.L.

CAMPO

Te inicia el canto de un gallo
y extiende tu geografía
el galope de un caballo,
en infancia y lejanía.

Nombro un pájaro cualquiera,
digo una flor de tu suelo
y me dan tu forma entera
el horizonte y el cielo.

Para tu música pura
nombro grillos y cigarras;
digo, sin literatura,
acordeones y guitarras.

Y porque estuve contigo,
pongo en mis versos arados,
y para invocarte digo
verdores, mieses, ganados.

Con un puñado de tierra
y alguna espiga en las manos,
mi corazón nunca yerra
al hermanar suelo y granos.

Porque mi sangre, sin brida,
anda en tu mies, libre y fuerte,
tiene en tu suelo mi vida
honda raíz tras la muerte.

ERNESTO DOMINGO MARRONE¹

¹ Escritor de Chivilcoy (1911-1986). Participó activamente de la vida de su ciudad y fue también periodista. Poseo una breve antología de poemas suyos. En este creo que se percibe muy bien el sentimiento folklórico. [R.L.]

CARLOS VILLASUSO, MOLINA CAMPOS Y LA LEYENDA DE LA GUITARRA

RAÚL LAVALLE

Varias cosas interesarán al lector de: Carlos Manuel Villasuso. *Un paisano de mi flor: Florencio Molina Campos a través de sus cuadros* (Villa María, El Mensú, 2016). En efecto en este libro el autor, poeta y escritor de la cordobesa Villa María, comenta de un modo a la vez histórico, vivencial y literario algunos cuadros de Molina Campos. Me detengo en “La leyenda de la guitarra” (pp. 87-94). Allí se cuenta que cierta vez en una pulpería, siendo testigo de la escena el gran pintor gauchesco, “un paisano, criollazo el hombre” (p. 89) narró en modo poético la siguiente “Leyenda de la guitarra.”

El sol incendió la alborada
y el viento en los pajonales
mueve morados cardales
y va peinando el paisaje.
Una lechuza en su viaje
lleva un despojo a su nido,
canta un tordo renegrado
y un arrullo de paloma,
que en el caldén de la loma
parece un llanto perdido.

Sufre indeciso un paisano,
en su mano un cimarrón;
llorando su corazón
le pidió: “¡Busque una china!
Deje el mate en la cocina,
vaya a ensillar a su tostado,
debe hallar, que no ha buscado,
mujer que le brinde amor:
por mitigar su dolor
la soledad se ha mostrado.”

Es que anoche tuvo un sueño
y durante la tormenta
se desveló al darse cuenta
que un rayo lo despertó.
En su conciencia escuchó:

“Debieras tener mujer
y por poderla querer
debes salirla a camppear
sin timidez; corajear,
si la quieres conocer.”

Vistió su mejor emprendado,
espuelas, botas de potro,
chiripá como no hay otro,
un calzoncillo cribado;
un chaleco bien cruzado,
el pañuelo de algodón,
camisa color marrón
y sombrero bien aludo,
un tirador muy cojudo
adornado con distinción.

Se fue andando los caminos
y en un ranchito la vio;
de a poco la conquistó
y la invitó a su tapera.
Encarando campo afuera
se fue a vivir con su amada;
abrazado en la enramada
su corazón le entregó.
Mas... la desgracia llegó,
como al truco el as de espadas.

El cacique de una tribu
le echó el ojo a su mujer:
se fue a tropear sin saber
y el indio se la raptó.
Al volver no la encontró;
el rancho... desordenado;
su perro, que acuchillado
le fue mostrando el suceso.
Se encomendó con un rezo,
fue a rastrear, desesperado.

Los alcanzó y en pelea
al plumudo lo mató,
pero a Lucinda encontró
golpeada... media perdida.
La muerte la halló dormida

cuando él al ranchito entraba,
y por más que la llamaba
no sé qué cosas diría:
ella allí se le moría
y su voz ya no escuchaba.

Cirilo casi sin fuerzas
no dejaba de llorar;
cuando la pudo abrazar
a su lado se durmió;
angustiado despertó
pero en sus brazos no estaba
Lucinda... lo que abrazaba
era un cuerpo de mujer.
Mas... de madera era el ser
que en su vida tanto amaba.

Unas cuerdas muy sonoras
recorrían la madera.
Si acariciarlas quisiera,
la ternura con un manto
le iba enjugando su llanto
con dulces notas sentidas.
Le recordó que en sus vidas
el amor fue como el rezo
y regaló a su alma un beso
con una copla elegida.

¡Así nació la guitarra
que en las manos de Cirilo
fue pariendo como un hilo
dulce sonido en sus trinos.
Va recorriendo caminos.
Pregunta: “¿Quiere escucharlo,
porque ella habrá de embrujarlo
en el lenguaje del canto?
Su cordaje dice tanto
que en el poncho ha de guardarlo.

Son cuerdas con sol y luna,
pastizales en el viento,
van atadas de algún tiento
al alma de un trovador.
Llevas mensaje de amor,

guitarra, y en tu madera,
preñada de dulce espera
pareces silbos del monte...
Pájaros... miel... horizonte,
¡acariciarte quisiera!

Florencio, en *Y aquí me pongo a cantar* (un almanaque de Alpagatas de agosto de 1932), inmortalizó la escena.¹ Simplemente daré aquí mis impresiones como lector de esta bella leyenda, que Don Carlos Villasuso creó a partir de sus vivencias, lecturas y andanzas. Y lo primero es que desde el principio nos predisponen muy bien estas décimas, pues nos pintan un cuadro –al modo de Don Florencio y de Carlos Montefusco– de entrañable paisaje campero, con sus aves, sus verdes y sus cielos. Un acierto semejante a la litoraleña *Santafecino de veras*, que tiene letra de Miguel Brascó y música de Ariel Ramírez.

Paisano santafesino
nacido en los pajonales,
donde beben los sauzales
la luz del Carcarañá.
Crecí donde crece el peje,
a orillas de esta ribera,
santafesino de veras
del río Carcarañá.

Está muy bien empezar por la tierra, nuestro contexto. Pero, así como la naturaleza nos hace partícipes de sus dones, también nuestro corazón, que nos protege y es como el genio de los antiguos romanos, nos convida a buscar la felicidad en común, con una chinita de nuestros amores. Para ello hay que buscar, como enseñaba el poeta. Y en lides de amor los tímidos no corren con ventaja. Así lo entendió el gauchito protagonista de estos versos.

En mi imaginario el gaucho es temeroso de lo sobrenatural, pues lo asustan la luz mala, los sueños, los fenómenos atmosféricos, las historias de desaparecidos. Pues bien, nuestro héroe recibe un sueño admonitorio, que lo movió a cumplir el mandato bíblico contra la soledad del hombre. Por ello se vistió con sus mejores pilchas, como ocurre en *El rancho 'e la Cambicha*, que cantaba el legendario Antonio Tormo, el rasguido doble de Mario Millán Medina. Allí también el protagonista se enorgullece de su estampa.

¹ En realidad es al revés, pues Villasuso, inspirado en el cuadro, creó la leyenda y le dio la forma de sus décimas.

Luciré camisa 'e plancha,
mi pañuelo azul celeste,
mi bombacha bataraza
que esta noche estrenaré.
Mi sombrero bien aludo,
una flor en el cintillo,
una faja colorada
y alpargatas llevaré.

Pero antes de ver cómo consiguió nuestro amigo a su amada, volvamos atrás, pues, cuando se nos habla del paisaje... “ovieron la corneja diestra.” En efecto, aplicando la cita del *Cid*, en la antigua poesía española algunas aves (como la corneja) tenían fama de agoreras. En nuestro poema no vemos cornejas ni ruiseñores ni mochuelos, sino las de nuestro campo: lechuza, tordo y paloma anticiparán si fueron diestros o siniestros los auspicios etruscos de nuestro paisano.

Veni, vidi, vici, son palabras que se atribuyen a Julio César, gran conquistador. Pues bien, nuestro modesto César campero vio a su amada, le dirigió aladas palabras de amor e hizo a su modo un casamiento con ella... y era feliz. Pero en la vida campea a menudo la ley de la alternancia, puesto que la diosa Fortuna es variable como la Luna. Y su indio raptor pone aquí la cuota de adversidad. En fin, el duelo criollo da doloroso fin, por partida doble, pues acaban la chinita y el aborigen, callado esta vez con el silencio de la pálida muerte.



Y, *nomen omen*, Cirilo parece tener que ver con ‘señor.’ Pues bien, nuestro bravo gaucho Cirilo, a pesar de su señorío, no paraba en su llanto y se abrazó a su señora Lucinda (otra vez el nombre será presagio), quien era luz de sus ojos. Duelo criollo, tan del gusto de Borges como doloroso, no ausente de la leyenda gaucha. Aquí el final es feliz, porque triunfó el bien... pero con el alto precio de la muerte de Lucinda (decíamos: luz de su señor). En fin, para todo puede haber un consuelo. El de Cirilo, que se duerme al lado del cuerpo inerte de su mujer, no es pequeña filosofía de contención. Pero los dioses –dirían Ovidio y otros poetas antiguos– pueden dar una dádiva compensatoria. Aquí la Divina Providencia obró una maravillosa metamorfosis, pues el femenino instrumento de la guitarra es inerte y a la vez vive; por eso Gardel (con versos de Le Pera) le cantó: “Guitarra, guitarra mía, / por los caminos del viento / vuelan en tus armonías / coraje, amor y lamento.”

En una metamorfosis hay un parecido “entre Dafne y laurel”, por así decir: entre el antes y el después. Pues bien, la forma de Lucinda persiste en las suaves curvas de su guitarra; el llorar de la moza es el de las cuerdas que vibran heridas como por gotas de llanto; los requiebros entre los esposos viven también en las “dulces notas sentidas”; el amor conyugal es como un rezo a la vida, que las cuerdas tenazmente conservan en la música celeste.

Y se amplían las similitudes, pues la joven de madera deja oír trinos, que acompañan a los caminantes de esta vida noble y triste. Y sus alegrías se atesoran, quizás en cajas: el poncho será manto que guarde y proteja los recuerdos. Y los árboles son muy fértiles y muy músicos: tal condición heredó esta lejana nieta de la lira, que gusta de ser acariciada por el “alma de un trovador.”

Solo me queda, paciente lector, pedirte disculpas por todo lo que hablé. Puedes dejar de lado y saborear las décimas de Don Carlos Villasuso, un gaucho de ley, un amigo de las musas de nuestra tierra.

RAÚL LAVALLE

EL GAUCHO

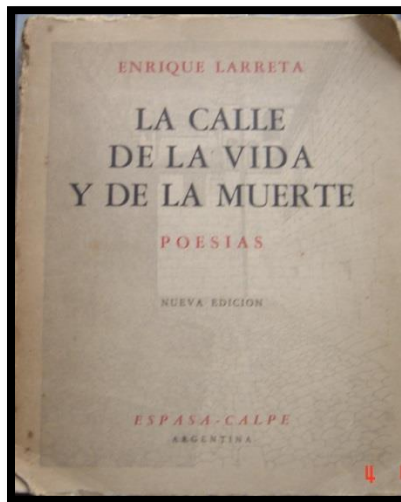
Es un misterio inmenso, ilimitado
que le sigue, se aleja, le precede,
como el mismo horizonte. Nada puede
refrenar su veloz, su desgarrado

correr, cuando parece que un alado
viento le lleva. Cuando él sigue y cede
a ese goce brutal y suelta adrede
blanda la rienda al potro desbocado.

Furor que se prologa y que resbala
sobre el otro furor. Él es la vida
toda, toda la suerte, buena o mala,

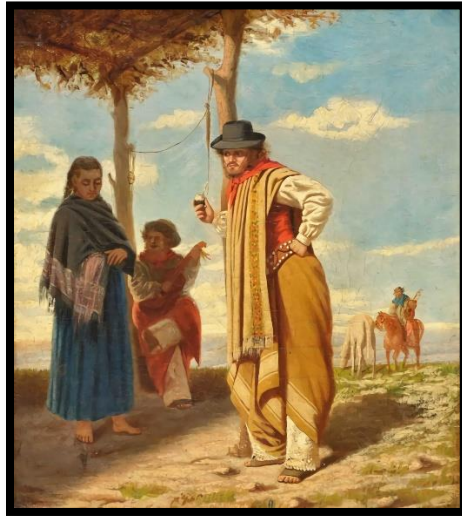
de la gran soledad. Sueño infinito
que dispara ante sí, como perdida
boleadora, su afán, su amor, su grito.

ENRIQUE LARRETA¹



¹ Este gran señor de la vida y de las letras (más o menos así lo llamó una célebre profesora) no solo era capaz de admirar a España y a la cultura universal. Era tan argentino como nosotros (seguro mucho más que yo) y admiraba lo nuestro. [R.L.]

EL PONCHO



Juan Luis Blanes: *Mateando bajo el alero*

Al borde de la abertura
y en las hilachas del fleco
un tono de pasto seco
riza su indócil tiesura;
color de espiga madura
o de lapacho mojado,
olor de campo soleado
y de mañana de lluvia,
estira una gracia rubia
de ruano recién tusado.

Su diversidad ondea
con seguro cumplimiento
entre las alas del viento
o el quite de la pelea;
en el hombre balancea
el descanso de un felino,
tiene rastros de camino
y de trabajo tenaz,
como todo el que es capaz
de acompañar un destino.

Simpleza rectangular
sobre la grupa, varía
adorno por gallardía
si se lo sabe llevar;
donaire del galopar
y galanura del paso,
es un seguro retazo
de refugio suficiente
para hacer cama caliente
en medio del campo raso.

No hay prenda que más se quiera
ni que se cuide mejor,
no se toca sin amor
ni se le presta a cualquiera,
como cobija o bandera
sabe ser tierno y ser fuerte,
y compañero de suerte
en el correr de la vida,
debe ser sombra tendida
sobre la paz de la muerte.

MIGUEL ETCHEBARNE

Según leo en una antología, Etchebarne (1915-1973) nació en el Tigre pero vivió muchos años en el Partido de Magdalena. Cualquier palabra mía siento hoy que estaría sobrando. En todo caso me permito recordar el tema folklórico chileno *El solitario*, de Willy Bascañán, que decía “mi poncho es bandera altiva de libertad.” El lector interesado en este vate nuestro –otra víctima del olvido– puede, con mucho provecho, ver más datos en el sitio del poeta y estudioso Carlos Raúl Risso (<http://carlosraulrisso-escritor.blogspot.com/2013/03/miguel-domingo-etchebarne-un-poeta.html>). [R.L.]

Canebam olim laetatus
in quadam festivitate...
sed occasio capta est
a pravo iudice pacis. 310
Ut primum advenit, quaerebat
quem in militiam afferret.

Fugerunt et valentiores
ut delectum vitavissent.
Non volui fugere, audi: 315
mitis sum, humilis corde.
Malui manere in caupona,
conscriptus facile sum.

Ibi in organo graencus
et simia quae saltitabat: 320
risum nostrum conmovebant...
sed tristis delectus irruit.
Graencus ingens et formosus...
planctum eius tu vidisses!

Erat etiam alius, Anglus 325
(seu, si tu mavis, Hibernus),
qui latos puteos cavabat:
militia ei displicebat
intantum ut Tandilienses
colles quaereret in fuga. 330

Et qui videbant sunt capti
in monstruoso illo delectu.
Torquatus factus ille cantor,
qui simiae graenco comitabat.
Unum enim servare potuit 335
ipsa domina caupona.

Et decuriam nos fecerunt,
qui festo illi aderamus,
et cum aliis nos miscuerunt,
quos ceperant certe antea. 340
Quam mira vidimus tunc!
Neque Parcae sic neverunt.

Fascino iudici eram ab illo ultimo comitio: adesse certe non volui... non attuleram suffragia. Dixit iudex me servire factionibus popularibus.	345
Poenam igitur pertulimus forsan alienas per culpas: sive mala sint seu bona nomina candidatorum, abeo, quia gaucho sincerus ego sum nec talia quaero.	350
lusiurandum, nos mittendo, fecerunt illi sacratum; iudex pacis, <i>keryx</i> factus, vota nos monuit, amice: “Intra sex menses, affirmo, vobis certe alii succedent.”	355 360
Maurum equum meum tuli, ꝑquam pulcher erat videndi!, quocum nummulos non paucos ceperam Emeritensi cursu: necesse est gauchoni pingus, ut temptet Fortunam.	365
Non per ambages oboedii impedimentaue cepi: pallium, poncho et quantum erat domi cuiusdam momenti; seram meam relinquebam nudam, ut dicam, die illa.	370
Neque deerat mihi lorum at tunc cetera ceperam: buccalem, chorden, capistrum, laqueum, pilas et pedicas... Si tam pauperem me vides, hodie, forsitan non mihi credas.	375

Sic cum meo mauro gyrabam... at postea in fines tetendi. Partiari amice, si castrulum vidisses, eheu!, non invideam –testes mihi sit Mercurius– muriculo in sua cava.	380
Ibi ex omnibus pauperibus nullum certe dimiserunt; at veteres querebantur... querolum autem nonnullum ad palum deligaverunt... et causa certe finitast.	385 390
Cum sero esset, legebant nomina et dux minabatur: “Quingenta accipiet flagella, qui transfugeret, audite, fumumque fortius fumabit... melius esset ei Mors Soror.”	395
Nemini arma dederunt, quoniam omnia quae ibi erant servabat noster centurio –sic saltem autumabatur– ut ea nobis ea die daret adventu malonis.	400
In principio erat pigritia colenda nobis sed postea... piget me fateri verum! Meretrix! Dicere possim! Nos quatiebant duces nostril, ut malevoli quatiuntur.	405
Quia omnia agebantur inter lumbos gladiosque et, licet nihil fecisses, ut si esses in Tulliano, in equuleo tu iacebas et patiens aegrotabas.	410

Quid de Indis et servitiis? Neque castellum ibi erat! Iubebat enim centurio laborare nos in villulis... Et, dum ibi laboramus, armenta infidelis capit.	415 420
Initio triticum severam et postea bovine feci; luto lateres paravam ad struendum murum et quincho; paleam secavi... incassum! ne nummulum quidem cepi.	 425
Et –nil in castrulo peius– si quis lumbos denegabat ducis mandatis, sodalis, caestus plumbatus cadebat male ferendus in nos: nationi servire malum!	 430
Plus uno anno retinuerunt nos in herculeis laboribus at Indi –tibi autumabo– et adibant et exhibant ad libitum: nemo erat qui eos persequeretur.	 435
Non raro speculatores a campis regrediebantur: monebant nos vigilantiam: quod non longe aberrant Indi, quod vestigia conspiciuntur, quod equa mortua iacebat.	 440
Tum iubebant nos exire copiasque raptim colligere; fines ergo ingrediebamur in pilo superque alienos equorum lumbos: eramus similes Priapis in satis.	445 450

Ibi erat tirocinium
docendorum gauchorum,
sed vana erat intentio
erga velites, non milites:
burrus fuerat praefectus
imperitus militandi. 455

Dabant ergo nobis arma,
ut fines defenderemus:
hastae erat et aheni
gladii loris ligati... 460
Ignea arma praeteribo,
quia plumbula defuerunt.

Et erat quidam decurio
male bibulous; dicebat
se arma, quae erant eis
vendidisse ad struthiones 465
captandos, ut noctu dieque
plumbula darent ñanducibus.

Et, cum se elongabant Indi,
ferentes quae arripuerant, 470
exiebamus nos confestim
ut eos persequeremur.
Si non plura Indi capiebant...
ob inopiam nostrum erat.

Symphorae inveniuntur 475
ibi, lacruma, afflictions;
nemo ab Indis ignoscetur:
Indi, ubi ingrediuntur,
omnia rapiuntque necantque
atque oppida incendunt. 480

Neque abstinent cherubim
nec vetulis indefensis:
omnes, iuvenes senesque,
obtruncat simili modo
Indus –mirabile visu!– 485
omnia agit clamore et hasta.

Carnes tremunt, eheu!, videndo
crines vento volitantes
selvatici et habenas
sinistra hastamque dextra
490
quatientem: ubi aggreditur,
transit: tela non deficient.

Milia passuum multa facit
ab ima parte deserti;
495
sic paene mortuus ad nos
venit ob famam et sitim;
sed est Indus fatigatus
formica quae numquam dormit.

Pilae ab eo agitantur,
500
sicut nemo agitat pilas;
sed, cum hostis retro vadit,
ei pilam perditam iacit
et, si attingeret, partiari,
sine vita hostis iacebit.

Testudo est omnis Indus,
505
tam durus ut non moriatur.
Forsan ferias in visceribus
eum sed nullo modo curves:
viscera certe recipiet
510
et initium dabit fugae.

Et ad libitum vastabant
et postea abibant indemnes;
captivas secum ferebant...
atque non semel audivi
515
eos captivis, etiam vivis,
pedes sine pelle linquere.

Malum! Animi lugebant
tanta mala intuentes, scortum!
A longe persequebamur
520
at non emissis habenis.
Quomodo attingeremus
Indos veredis consumptis?

Castrulum regrediebamur
post lumina duo aut tria
equitando in nostris pingis; 525
greges omnes legebamus,
si quis caperet pecuniam
a desertis vaccis solis.

Sed vice quadam egressi
–putabatur vacuo modo– 530
impetum fecerat malo
in sarissis vultu fero:
ab hac die remanebant
capti universi terrore.

Manserant optime occulti 535
Indici post quendam collem:
Sincerus Martinus Ferreus
sed tremui male virilis!
Videbantur chocli fricti,
ut primum sonuit cincirrus. 540

Sed acie nos disposuimus,
etsi numerosi Indi;
milites nostros in puncto
temporis, etsi non multos, 545
paravimus, qui tundentes
pectora prima acie stabant.

Indi venerunt conferti
terram ipsam quatientes;
non sum scaevola sed, eheu!,
mihi crines horrerunt: 550
equitabam semidomitum
quem pilaveram in monte.

Quid vocum! Quid strepituum!
Quid eorum pernecitatis!
Tota Indietas ululans 555
in nostros veniunt bellantes.
Meretrix! Nos fugaverunt,
ut si cavalli essemus.

Indis Caesarii veredi perniciores erant luce. Concursus confectus est, qui omnia miscuit in uno; at hastis nos deligebant ut singulos perforarent.	560
Quem pilo Indi contingent difficile ei sanandi copia: ne sim superbus dictu, fugimus columbae, per medium montem illorum, ut fugiunt Tereos feros.	565 570
Quam dextri Indici sunt in longa hasta agitanda! Persequi desinunt numquam et nos ubique involvebant. Per auriculas equorum evadere erat desiderium!	575
Ut culmen addamus festo in hac suprema afflictione, spumas in ore ferens venit Indus ad me hastatus clamans: "Mortuus es, Christiane: transibo te usque ad pennas."	580
A latere impulsum cepit et sarissam agitabat, ut quicumque agitatur laqueum. Boreae similis conclamans me adgressus est... et necasset, si eum antea non vidissem.	585
Si contristor aut recedo, mortuus sum et iam obtestor: etsi valens factus sum, contremebam die illa; cor in pectore timorem –bos super linguam– mihi dabat.	590

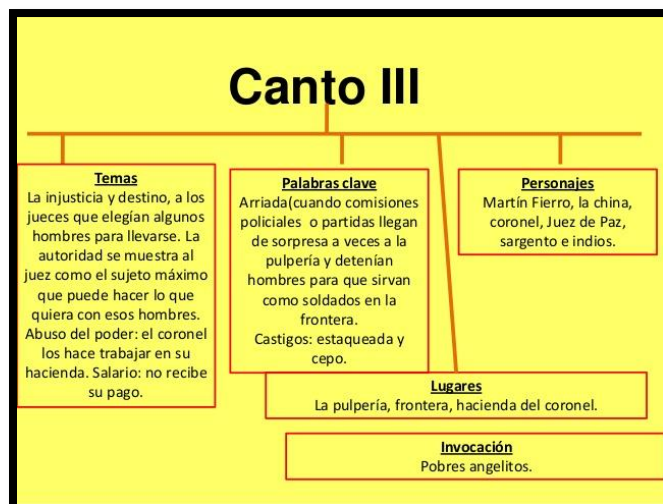
Silvatico Deus ignoscat
desiderium me necandi... 595

Solvi enim Tres Marias
–seu, si mavis, petreas pilas–
et gyros feci extemplo...
et pilae vitam servarunt. 600

Reguli cuiusdam Indi
filius erat, nos comperimus,
sed –vera dico– in acumine
sicae Indus me amuravit,
donec tandem pilis meis 605
attractus de equo cecidit.

Confestim ego descendi
et dorsum eius calcavi;
gestus varios praetemptabat
et deficiebat in gutture... 610
sed opus sanctum complevi
et vitam misi sub umbras.

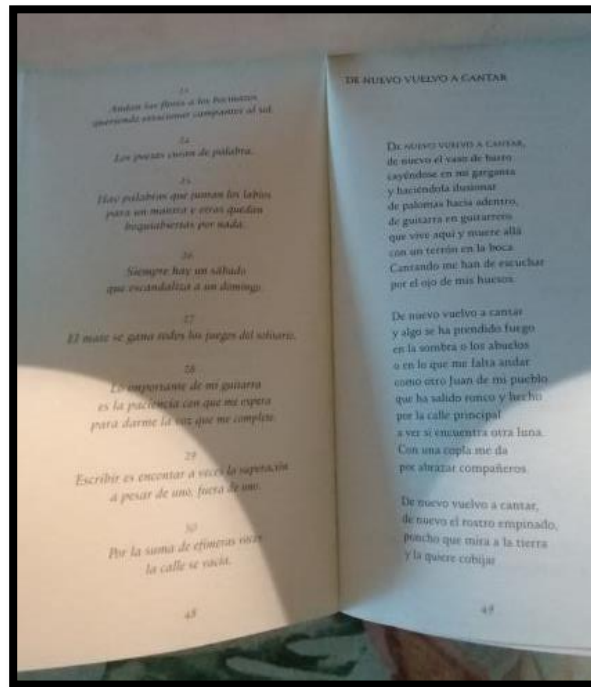
Milliarium relictus est,
in eius broncum conscendi;
a sodalibus fugiebam 615
(si me cepissent, obiissem!),
donec in fuga salutem
sub ipso Plutone caperem.



LIBROS Y OTRAS COSAS

Ricardo Maldonado, hombre de dos mundos

Conocí a Ricardo Maldonado en un convivio folklórico. Lo escuché disertar y me sorprendí de su profundo conocimiento y de su talento artístico. Es en efecto docente, escritor, editor, músico, fotógrafo, intérprete en canto y guitarra. Entrerriano (n. 1958), vive en Nogoyá. Tengo de él su obra *Alzaprima* (Nogoyá, Del Clé, 2017). Este bello libro, muy bien impreso, da en páginas opuestas un texto en poesía o en prosa poética y otro poético en décimas. Con una mala foto mía intento ilustrar lo que no expreso muy claramente.



Has comprobado, caro lector, cuán mal fotógrafo soy. Mis palabras no servirán de mucho pero intento muy brevemente decir mi sentir sobre “De nuevo vuelvo a cantar” (p. 49). Copio el texto primero, con autorización del autor.

De nuevo vuelvo a cantar,
de nuevo el vaso de barro
cayéndose en mi garganta
y haciéndola ilusionar
de palomas hacia adentro,

de guitarra en guitarrero
que vive aquí y muere allá
con un terrón en la boca.
Cantando me han de escuchar
por el ojo de mis huesos.

De nuevo vuelvo a cantar
y algo se ha prendido fuego
en la sombra o los abuelos
o en lo que me falta andar
como otro Juan de mi pueblo
que ha salido ronco y hecho
por la calle principal
a ver si encuentra otra luna.
Con una copla me da
por abrazar compañeros.

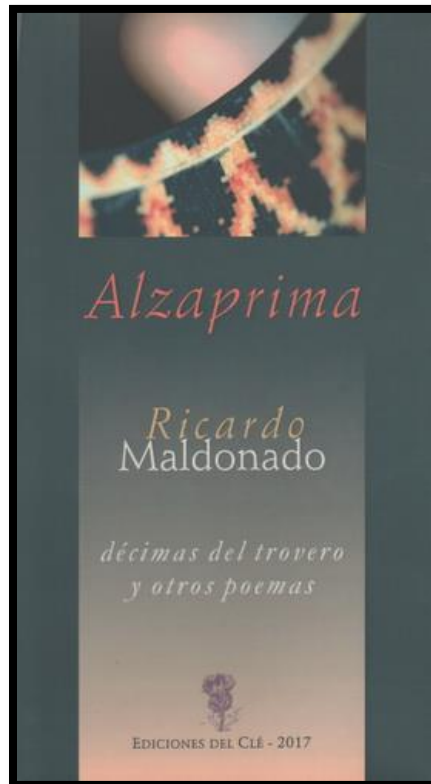
De nuevo vuelvo a cantar,
de nuevo el rostro empinado,
poncho que mira a la tierra
y la quiere cobijar
con algo más que el silencio,
con la entraña rota en versos,
teniéndome aquí en mi edad
por no tentar las estrellas;
por mí quedo aquí nomás,
simple en el aire que llevo.

De nuevo vuelvo a cantar
brindo este trago que alumbra,
entre encontrarse y perderse,
instante de eternidad
donde soy por lo que vine
y voy por lo que será,
en fin la libertad quiero
sin últimos ni primeros.
De nuevo quiero cantar,
paso el canto y quiero el quiero.

Creo ver algo de barroco en el libro, de algún modo, pues hay dos tradiciones en Maldonado (confieso que haber dicho luces y sombras fue desmesurado de mi parte). Me refiero a la clásica tradición hispana, lo cual se ve en el cultivo de la décima y en respeto por su noble lenguaje, y en los valores folklóricos de nuestra tierra.

¡Qué buena síntesis la de estas décimas, que recogen la sabiduría que viene de los tiempos! Hay en efecto ecos bíblicos, hispánicos, telúricos. Y están también los tópicos del noviazgo entre autor y guitarra, del sabio del pueblo (pueblo chico y pueblo universal), de la Luna paseandera, de la amistad del folklore, de la herencia familiar, del poncho que protege como una madre, del camino de la vida, de la libertad suprema del poeta. En fin, me felicito de haber conocido a Maldonado, un trovero humanista, y recomiendo vivamente su lectura.

R.L.



***Sin ladearme*, de José Curbelo**

Quienes cultivan lo criollo conocen bien al payador oriental José Curbelo, quien hace varias décadas que vive entre nosotros. Ha estado en varias partes del mundo con su verbo de bardo improvisador. A menudo se presenta junto con su mujer, Marta Suint (sobre ella y sus méritos payadoriles, un entendido podría escribir muchas páginas). Me referiré muy brevemente a su reciente libro: *Sin ladearme* (Buenos Aires, Lemu Montún, 2019). Destaco la muy cuidada impresión de este libro de Curbelo; también, el prólogo de Abel Zabala (pp. 9-13).

Respecto del contenido propio, Nuestro payador nos ofrece más de cuarenta composiciones poéticas en espinelas (hay alguna excepción). Ellas son fruto de su arte repentino, aunque supongo que la palabra escrita haya permitido algún ínfimo retoque. En cuanto a sus fuentes de inspiración, son muchísimas, pues proceden de la vida misma. Es natural sin embargo que muchas las dé la vida del campo. Por eso sus décimas al tropero, al carrero, al hombreador de bolsas. También son esperables las que elogian a criollos de ley, como “A Rodolfo Lemble” y “La guitarra de Pancho Luna.” También hay históricas, como “Santos Vega no se calla”, el “Romance a Manuel Dorrego” y sobre todo cinco series al “Protector de los Pueblos Libres” (esto es el gran Artigas). Pero no faltan composiciones de circunstancias curiosas, como la que hizo, junto con Marta Suint, a Eduardo Díscoli, un criollo que andaba a caballo al lado de una carretera... ¡nada menos que en Italia!

Es que Curbelo es payador, mas no poeta iletrado. Y su canto rinde tributo a la tierra y también a la cultura del mundo, de algún modo. Deseo nada más terminar con algo que le escuché decir en un congreso de literatura y folklore, en Mar del Plata; a saber, que él se sentía tanto uruguayo como argentino. Y pienso que muchos a pesar de lo mal que nos portamos de este lado, tienen semejante sentir.

R.L.



Una minucia sobre Curbelo

Cuando envié al payador José Curbelo mi nota sobre su libro, que aparece en la página anterior, agregué un sencillo homenaje: una copla monorrima en la que relaciono a dos bardos improvisadores. El primero, Homero; el otro, el oriental.

Escuche usted, aparcerero,
los nombres de dos troveros:
improvisan dulces versos,
riman Curbelo y Homero.

R.L.